

LA SAL QUE NO SE ACABA. LAS SALINAS DE IBIZA Y FORMENTERA

JOAN PIÑA TORRES

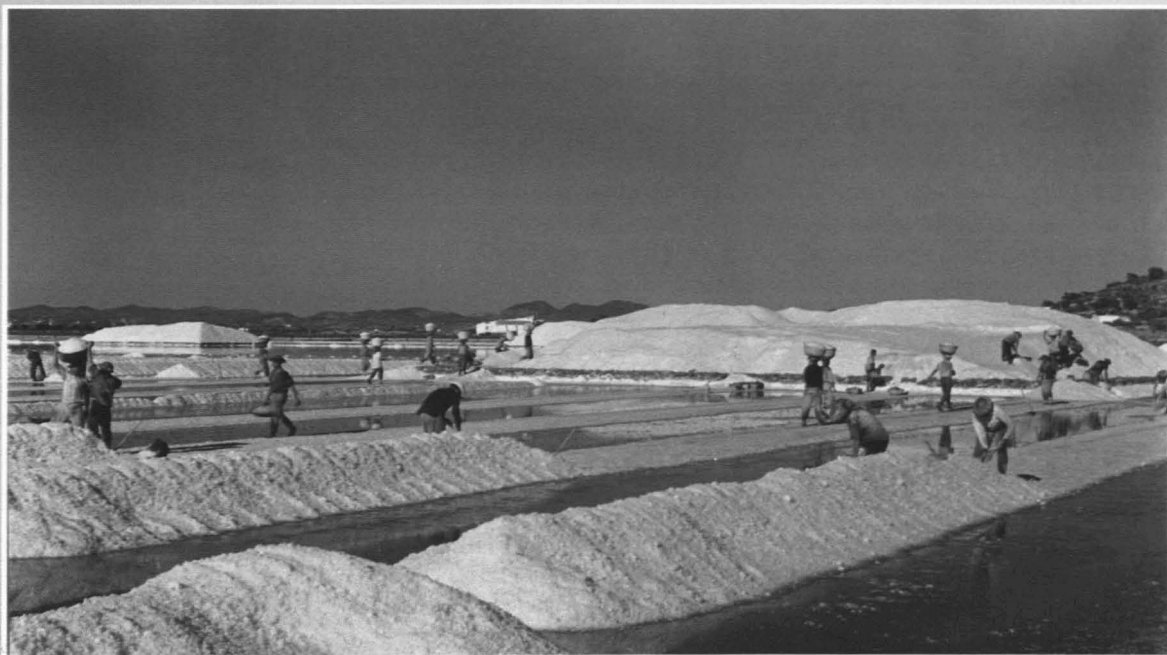


Foto José Torres Andión. En agosto los estanques ofrecían su fruto, años 50.

La sal ha sido y es un alimento que no solo ha formado parte de la cultura alimenticia, sino que también ha condicionado las sociedades que vivían de su extracción, ya fuera extrayéndose de minas o manantiales, ya evaporando el agua marina. En este sentido, el Mediterráneo tiene una alta salinidad respecto otros mares que determina que aquellos lugares que permiten la concentración de agua marina y la cristalización de su sal con unas condiciones que garanticen una calidad mínima,

sean una riqueza potencial que sólo necesita una sociedad que la explore y la comercialice como complemento de la alimentación y conservante.

En las islas de Ibiza y Formentera, en sus extremos sur y norte respectivamente, a lado y lado del paso marítimo de *es Freus*, se dieron estas condiciones, aunque ello no implique que se hayan explotado *desde siempre*, como se suele decir sin ningún soporte arqueológico o documental claro. Las noticias más

antiguas que se tienen de la explotación de las salinas remiten al siglo XII y a la exportación de la sal hacia África, cuando se decía que la sal de Ibiza *no se acababa*.

Desde hace tiempo las Salinas son un paisaje muy humanizado que en algunos rincones todavía recuerdan el pantano o llanura aluvial que fueron. Aún conservan unas características medioambientales únicas, como humedal y estación migratoria de aves, que las hicieron merecedoras de la protección como Parque



Foto Joan Piña. El muelle de carga de sal en la actualidad.

Natural. Ello hoy no es ningún impedimento para que estén sometidas, sobre todo en verano, a una intensa presión tanto industrial (la propia actividad de la salinera, aunque las salinas de Formentera estén hoy abandonadas) como turística.

Como botín de guerra, como única riqueza capaz de competir en lejanos mercados, y como un lugar de socialización de la gente que se trasladaba a trabajar, la sal ha condicionado, e incluso determinado la historia de las islas en todo el proceso que la rodea. Desde el trabajo de los salineros hasta la venta del producto final, han sido un centro, tanto económico como social, y por tanto cultural, en la vida de ibicencos y formenterenses cuya vida giraba en torno a ellas para asegurar unos ingresos gracias al comercio que generan.

LA COSECHA DE LA SAL

El método tradicional, a grandes rasgos, se ha seguido usando hasta hoy: se hacía entrar agua del mar por unas compuertas y canales hacia los estanques concentradores, que hoy son tres cuartas partes del total, donde el agua se va evaporando. Mientras se mantenía el nivel de agua aportando más caudal del mar según aquel iba bajando. Cuan-

do era llegado un punto en el que la sal está a punto de precipitarse al fondo del estanque, el agua se debía trasvasar a los estanques cristalizadores, donde la sal se iba depositando en el fondo cristalizando en formas cúbicas y con un espesor que no bajaba de los nueve centímetros.

Una vez se había llegado en verano a un buen grosor de sal, con suficiente margen antes de las lluvias de septiembre, se rompía la capa y se procedía a recoger. Esos meses se necesitaba una mayor cantidad de mano de obra. La capa de sal era rota por los cavadores con azadas y después amontonada formando largas calzadas de sección triangular con un instrumento llamado *tiràs* o *tirazo*, una especie de cajón que un operario dirigía y el resto tiraba de él para formar el montón de sal, vigilando no rascar demasiado el bajo de la capa ya que la sal se mezclaría con el lodo. A principios del siglo XIX, el administrador real de las salinas, Jaume Cirer Pons¹, afirmaba que, de los naturales de la isla, los mejores cavadores eran precisamente los procedentes de las recién creadas parroquias de Sant Jordi, Sant Josep y Sant Francesc, las más cercanas a los estanques.

¹ CIRER, J. (2000), p. 78.

Seguidamente, hacia el seis de agosto (el cinco es la festividad de Santa María de las Nieves, patrona de Ibiza), empezaba la labor de recoger la sal acumulada en las calzadas, trabajo destinado a los extractores, *traients*, que con un cesto en la cabeza cargaban hasta cincuenta kilos de sal para llevarla a las plazas donde se depositaba. Este trabajo fue hecho hasta el siglo XIX con ganado tal como anota el mismo Cirer², aunque seguramente fue el problema de excrementos que creaban en los estanques lo que llevó a olvidar este método. A pesar de ello, aún en el siglo XX y realizada con las vagonetas de la locomotora, esta tarea era conocida como *ses vaques*, es decir, «las vacas».

La sal, finalmente, era cargada en los barcos que han llegado hasta allí para obtener específicamente este producto, hecho que no ha dejado de producirse nunca y que, antes de la explosión turística, no dejó de aportar un cierto cosmopolitismo a las salinas y a la ciudad, donde esperaban turno los barcos para cargar la sal.

El método básico no ha cambiado durante siglos, a pesar de que se haya perfeccionado para conseguir mejores cosechas de sal y de mayor calidad, hasta llegar a la actual mecanización. Lo que sí ha cambiado ha sido la forma de administración de estas salinas y, tras de ella, la sociedad que aportaba la fuerza de sus brazos, reflejando los lentos cambios de la sociedad pitiusa hasta el siglo XIX y la precipitación de éstos en la segunda mitad del siglo XX.

DIFERENTES MÉTODOS DE GESTIÓN

Las salinas siempre fueron el principal botín de guerra de cualquier invasor de las Pitiusas, junto con la ciudadela de Ibiza. Su control era una fuente de rentas segura. Desde

² CIRER, J. (2000), p. 74.

la conquista cristiana de 1235 la explotación de las salinas pasó a pertenecer a los tres señores que la conquistaron, Guillem de Montgrí, Nunó Sanç y Pere de Portugal, pero antes de acabar esa centuria, en 1267, la gestión y explotación pasó a los habitantes de las islas, que se beneficiaron a nivel personal y colectivo según sus rentas, a cambio de aportar su trabajo. Hasta el siglo XVIII ésta sería la forma de explotación de las Salinas, consistente en una puesta en común del trabajo y los beneficios.

La sal fue también un elemento que anduvo parejo con la Universidad de Ibiza, es decir, el organismo o municipio que regía los asuntos de la isla y para la que sus ingresos dependían en gran medida del comercio de este producto. Por tanto, su defensa frente a invasores y piratas fue primordial, porque en ellas iba la riqueza de la isla, y es testimonio de ello la torre de la Sal Rosca, del siglo XVI, al lado de uno de los cargadores de la sal y cercana a los estanques del mismo nombre.

Tras el auge del comercio medieval y renacentista, la extracción de la sal vivió en la segunda mitad del siglo XVII un periodo de crisis en el que se buscaban nuevos métodos de gestión para relanzar la producción y comercio de la sal. En un momento dado, hacia 1663, la Universidad se hizo cargo de la extracción actuando como una empresa, pagando a los salineros como asalariados aunque obligados a realizar dichos trabajos, con el consiguiente malestar sobre todo entre el campesinado.

Tras un pequeño paréntesis durante la guerra de Sucesión, en el que en 1709 las salinas fueron arrendadas a una sola persona, el italiano Visconti, en 1715 fueron finalmente adquiridas, mediante derecho de conquista una vez más, por Felipe V. Así se dejó de garantizar la gestión de los beneficios de la sal por parte de los habitantes o representantes de la isla. Si bien el cambio de propiedad impulsó ciertas reformas desde el centralismo borbónico, éstas sólo beneficiaron la



Foto Joan Piña. Estanque salinero y montaña de sal.

producción de sal mientras el estado absolutista no entró en crisis en el siglo XIX.

Así, por ejemplo, a partir de 1715, movidos los representantes reales por el espíritu ilustrado, se empezaron a llevar a cabo reformas necesarias destinadas a optimizar la extracción de la sal, como la subdivisión de los estanques o la limpieza de aquellos que por el desuso se habían llenado de lodos, así como una calzada en el lado norte que protege las salinas de Ibiza de las temidas avenidas de agua. Pero aquel tiempo mítico en que Ibiza era el salero de todo el mundo quedaba ya atrás; ya no llegaban embarcaciones de Génova, Venecia o Ragusa (la actual Dubrovnik) y las salinas hacía tiempo que habían entrado en declive.

Algo que no cambió desde 1715 fue que los trabajadores de las salinas eran eventuales aunque de obligada presencia. Eran movilizados según la secular estructura militar de las milicias de la isla, que eran articuladas por cuartones y ventas o *véndes* con las que se dividía el territorio pitiuso. Formando cuadrillas de 3 a 6 vecinos o familiares comandados por un capataz, procedían a retirar la sal una vez acabados los trabajos del campo, en el parón del verano. Se daba un alud de varios centenares de personas hacia los

estanques, que se unían a los que ya trabajaban de forma fija.

De esta época, en que la Corona participa en la explotación, derivan los nombres de dos zonas cuyos nombres populares evocan un aire militar. Son *es Quartel* y *sa Revista*. Los mismos campesinos que en el siglo XVII protestaron ante el Rey por sentirse marginados y explotados por la Universidad en el negocio de la sal, ahora eran movilizados por milicias, aunque cobrando un sueldo y obteniendo sal gratis. A pesar que posteriormente el gobierno arrendó las salinas a particulares³, la presencia de la corona dejaría huella también en las capillas de *Sant Francesc* y de *Sant Carles* (llamada después de *sa Revista*, construidas ambas por Carlos III y en las que figura el escudo borbónico. La de *Sant Francesc* pasaría a ser parroquial en 1786).

LA PRIVATIZACIÓN

Durante el siglo XIX la administración estatal más que progresar, estancó el comercio de la sal, ya que no se primaba la rentabilidad sino la necesidad. Algunos años, como

³ FERRER, A. (2003), p. 24.

1867, ni siquiera hubo cosecha⁴. Ante esto, en 1869 el gobierno salido de la revolución gloriosa abrió las puertas a la privatización de las salinas de Ibiza y de Formentera por separado, al igual que con las minas de Riotinto y el resto de salinas de propiedad estatal, excepto las de Torrevieja.

Se pretendía así liberalizar y dar salida a la gestión del monopolio real basado en las rentas y en la designación de administradores⁵. La totalidad de las salinas de Ibiza y las de Formentera fueron compradas en 1871 y 1897 respectivamente, en régimen de compañía interina y accidental por dos empresarios de Mallorca, que en 1878 se constituyeron en una sociedad anónima llamada Empresa de la Fábrica de Sal de Ibiza, que posteriormente se uniría a la Salinera Española S.A.⁶

No cabe duda que la introducción del capital privado fue beneficiosa para la producción y exportación de la sal, que se vio de nuevo con fuerza en los circuitos comerciales europeos como una industria consolidada. Muchas tareas fueron modernizadas y racionalizadas, sobretudo a partir de la intervención del ingeniero Eugenio Molina en 1885, y sembró que la revolución industrial llegara a la isla de forma súbita, con la introducción de la primera línea telefónica de la isla o unas pequeñas locomotoras de vapor que llevaron la sal desde los depósitos hasta los cargadores.

Con ello aumentó el número de empleados fijos, destinados ahora también al mantenimiento de la maquinaria. Pero de momento, la tarea de recogida de la sal continuó en manos de los asalariados, ya que la locomotora sólo realizaba parte del proceso.

La nueva mentalidad capitalista de obtener el máximo beneficio buscó además formas de obtener nuevos ingresos. La misma empresa explotó los bosques de los alrededores



Foto Joan Piña. Sa Canal en la Actualidad, las oficinas y el muelle de carga.

construyendo hornos de cal, un elemento tradicional de Ibiza muy vivo entonces gracias a la abundancia de bosques. Y, lo que es más curioso, intentó fallidamente la creación de una industria química para la obtención de carbonato de sosa con sulfato sódico que se importaba de Inglaterra, en el mismo edificio que albergaba el molino de sal y las oficinas de la salinera y que todavía hoy se puede ver.

PRIMERAS REIVINDICACIONES

Una vez privatizada la empresa el trabajo en las salinas dejó de ser obligatorio, aunque siguió movilizándose buena parte de aquellos que buscaban así un sobresueldo para sus economías. Estos, que trabajaban sólo en verano, convivirían con los jornaleros de las cercanías de las salinas que participaban además en la carga de los barcos durante todo el año, o con los pocos afortunados que estaban contratados todo el año para dar servicio a la empresa.

En estas circunstancias, con la implantación de una empresa que competía ya con otras salineras con un producto de reconocida calidad y con una mano de obra abundante y por tanto barata, era natural que apreciaran los primeros y casi únicos

núcleos de tipo proletario en las Pitiussas. Aunque no provocó nunca ningún conflicto grave, en 1897 se produjo la primera huelga en las salinas.

Lo habitual en el campo era la proliferación del minifundio en régimen de explotación directa, o con contratos de aparcería. Temporalmente estos campesinos se trasladaban a las Salinas, en unas jornadas de recolección de la sal de sol a sol y a las órdenes de una empresa del exterior; debía ser un choque cultural, lo cual favorecería la aparición de las reivindicaciones laborales. En las salinas de Formentera, el choque dio una respuesta original en las económicamente atrasadas Pitiussas, con la formación de un grupo anarquista. Gordillo Croucières apunta que la fuerte implantación del anarquismo en esa isla se debió a la gran apertura a las ideas del exterior (mayor sin duda que en Ibiza), debido al fuerte carácter marino de sus campesinos⁷.

Una experiencia agotadora y compartida por muchos otros en la misma situación se articuló con los referentes del discurso obrero en contra de los patronos. En 1928 se creó en Formentera una sección de la CNT que sería mayoritaria y muy impor-

⁴ CIRER, J.C. (1986), p. 85.

⁵ CIRER, J.C. (1986), p. 84 y ss.

⁶ CIRER, F. (2002), p. 102.

⁷ GORDILLO, J.L. (1981), p. 278.



Foto José Torres Andión. La colecta de la sal, años 50.

tante en la isla menor anterior a la guerra de 1936-1939. En 1931 en Ibiza se creó la Unión de Trabajadores Salineros y, al año siguiente, la misma estructura sindical en Formentera⁸.

EL TRABAJO EN LOS ESTANQUES

Sin duda no eran reivindicaciones gratuitas. El sector de los trabajadores más desprotegido, por no ser especializado, era el de los que trabajaban por jornadas un corto periodo de tiempo al año. La dureza de este trabajo y su insalubridad debieron ser una constante desde los tiempos más remotos hasta que, en el siglo XX, se mecanizó por fin todo el proceso. Hay aún testimonios recientes, como el del escritor Enrique Fajarnés Cardona, que relató desde la distancia objetiva estas penurias, en dos imágenes del mismo trabajo durante la primera mitad del siglo XX:

Primero [la sal] se cava y se extrae después. El trabajo de los obreros es fatigosísimo, con los pies en la salmuera de los estanques, bajo el sol. Se tocan con un sombrero bajo, hecho

en casa con lona y alquitrán⁹. Espuer-tas de diez arrobas salen de los estanques sobre sus cabezas y se vierten en el montón.

Para solventar una deuda o levantar una carga, para el ajuar de su boda, el campesino ibicenco piensa en el trabajo de la sal. Una temporada en los estanques será, para los más, amarga experiencia. Algunos años en las Salinas exigen rejoy excepcional. El sol ciego; el agua escalfa; las cargas son sobrehumanas; los alimentos, pobrísimos; y el trabajo, realizado por grupos a destajo, agota por la competencia.

Enrique Fajarnés, *Viaje a Ibiza*¹⁰

Las calzadas que cruzan los estanques pasan entre aguas vaheantes y fétidas. El sol, señor absoluto, se auxilia del blancor de la sal para cegar. No hay un amparo de sombra en vastísimo espacio. Los salineros trabajan siempre lejanos, sólo aproximados en el círculo de algún catalejo. Sus figurillas puntan de oscuro las pirámides que van levantando. Salen de los estanques en hilera, la cabeza oprimida por las espuestas enormes, como

⁹ Cabe añadir que llevaban gruesos calcetines de lana (más tarde botas de goma) para evitar el líquido estancado que no se había desalojado ni evaporado, un agua muy agresiva llamada *brou* (caldo) que acababa por irritar y arrancar la piel. Además, antes de iniciar el trabajo los jornaleros se lavaban la piel con agua salada y al acabarlo con agua dulce, tal y como se relata en AAVV (1981), p. 23.

¹⁰ FAJARNÉS, E. (1958) p. 65.

un friso arqueológico de esclavos, y suben por la sal ya amontonada, para verter la carga. Como los arcaduces de una noria incansable, la cadena humana rueda todo el día, del orto al ocaso. Llegada la noche, caminan lentamente los salineros por las calzadas hacia algún bosquecillo, para la cena simple y el sueño bien ganado, sobre la pinocha.

Enrique Fajarnés,
*Lo que Ibiza me inspiró*¹¹

Como se ve, aquellos hombres que venían incluso de los pueblos más alejados de la isla, debían dormir en los alrededores, sin más habitación que unos precarios cobertizos, dentro de sacos o bajo los pinos, y cobraban a destajo hasta que se consiguió la jornada de ocho horas en 1935. La imagen poética del friso de esclavos es bastante potente por sí sola. Mucho había cambiado para los pitiusos el provecho de la sal desde los tiempos en que recibían una participación en los beneficios según su riqueza personal, aunque el trabajo antes fuera el mismo.

Todo esto en lo que respecta a los trabajadores de temporada. Otro grupo humano, el formado por los habitantes de los alrededores, eran trabajadores en nómina y se hacían cargo de trabajos más especializados como la dirección de la carga de los barcos o el uso de las máquinas, una vez se introdujeron después de la privatización. Estos trabajadores eran unos ciento treinta a principios del siglo XX, y sus tareas eran el mantenimiento de los canales y estanques, actuar como capataces y realizar tareas administrativas, así como el pilotaje y reparación de las embarcaciones que participaban en la carga de la sal. Además, vivían en edificios propiedad de la salinera, tanto en *sa Canal* como en *sa Revista*.

Entre los trabajadores de temporada y los fijos, había vecinos censados que eran contratados de forma eventual para realizar la carga de los barcos. Aparte obviamente del car-

⁸ PARRÓN, A. (2000), pp. 23-25.

¹¹ FAJARNÉS, E. (1987) p. 278.



IBIZA (Balears) - 45

Las Salinas

FOT. VIÑETS

Postal antigua Viñets. Estanques salineros.

gador de la isla de Formentera, de los tres que había llegado a haber en Ibiza a principios del siglo XIX, el de la *Sal Rossa* y el de *es Cavallet* a levante, y el de *sa Canal* en el sur, en el siglo XX sólo uno funcionaba, el de *sa Canal*, que sigue hoy operativo.

Sus operarios debían estar siempre listos para entrar a trabajar, ya que se llegaban a acumular en el puerto de Ibiza diversos barcos esperando turno para cargar la sal. La urgencia llegaba a ser tal que se los avisaba encendiendo hogueras sobre los montes que rodean las salinas. A la vista de las hogueras, si eran una o dos, se sabía cuantas cuadrillas debían acudir a *sa Canal* para cargar la sal, y sabiendo que, en este caso, no existían horarios, sino que se trabajaba hasta que se había cumplido el encargo.

Hasta la creación del muelle de carga que todavía hoy existe en *sa Canal*, el trabajo se efectuaba cargando la sal en unas barcazas de la salinera, que la llevaban hasta el barco que esperaba en unas boyas donde se depositaba en las bodegas. En este momento se unía la sal

de Formentera que llegaba con el *tren marítimo*, en barcazas arrastradas por remolcadores, tanto vapor como diésel (el *Salynes* y el *Sala-zón*), directamente a *sa Canal*.

El muelle de carga construido en *sa Canal* simplificó a su vez este proceso, ya que permitió cargar directamente la sal con cintas transportadoras en los barcos clientes, sin necesidad de barcazas ni jornaleros que cargasen la sal.

LA EMPRESA Y SUS TRABAJADORES

En el sentir de principios del siglo XX, dentro de las reivindicaciones sociales, las salinas se debían vivir como una frustración, un lugar inevitable en el que se depositaba más de lo que se extraía, independientemente de la titularidad de la empresa y a pesar de ser, de haber sido en el pasado, algo propio...

La política del máximo beneficio llevaba a decisiones que los empleados debían acatar, como la necesidad de estar embarcados en

las barcazas incluso de noche y con temporal mientras se cargaba la sal. Si ello derivaba en un naufragio como el de 1914 en el que murieron tres empleados de la Salinera, se entiende el malestar social y que se cantara incluso un romance anónimo destinado a narrar el siniestro y criticar la empresa salinera. Los siguientes fragmentos encabezan y finalizan aquel romance:

De l'any catorze em recorda
no per haver-me enricat;
he de comptar i no pessetes,
d'això n'he estat excusat.
(...)

Ens diuen que Eivissa és pobra
per més no comerciar.
Jo dic que comerç mo'n sobra,
lo que manca són diners;
seria un lloc de primera
si aqueixa empresa volgués.¹²

¹² Del año catorce me acuerdo / no por haberme enriquecido; / debo contar, aunque no pesetas, / de ello me han perdonado. (...) Nos dicen que Ibiza es pobre / como para no comerciar. / Digo que comercio nos sobra, / lo que nos falta es dinero; / sería un lugar de primera / si esta empresa quisiera. Romance en catalán, completo en TORRES GARCÍA (1997), p. 132.

Es interesante ver como la Salinera, sentida casi como una expoliadora, también era vista como la causante del estancamiento económico de la isla, queriendo así remarcar que la isla no era pobre por falta de recursos, sino por tener malos gestores de sus riquezas.

Ahora bien, si bien las condiciones laborales eran duras y la sociedad que trabajaba allí tomó conciencia y planteó una respuesta organizada con un discurso propio (aunque tomado de los movimientos sindicales foráneos), no significa, ni debemos imaginar, un escenario similar al de un núcleo industrializado urbano, ni su mismo nivel de conflictividad. No parece que hubiera graves conflictos con la empresa, ni que estos movimientos obreros adquirieran nunca un peso importante dentro de la sociedad exceptuando, quizás, en Formentera. Posiblemente el hecho más grave fuera el asesinato, por parte de milicianos republicanos, del administrador de la Salinera junto con más de un centenar de prisioneros, al parecer sin más juicio ni razón que la premura de la represión en los días de la retirada del ejército republicano en septiembre de 1936¹³.

Implantada la jornada de ocho horas en 1935 y, ante todo, retirados los derechos de huelga y asociación después de la guerra civil, los sindicatos se fueron olvidando. Aún así aparecieron problemas con la empresa por los accidentes y lesiones fingidos tal y como relata Antoni Torres García¹⁴. Éste, desde su experiencia como encargado del personal de la salinera, admite que era consecuencia de los salarios calculados a la baja. Es decir, que era una forma de protestar contra las condiciones de trabajo en los tiempos en que las huelgas se prohibieron. El hecho que muchos trabajadores alegaran *lumbago traumático* no significa, claro está, que no hubiera bajas reales ni accidentes entre los trabajadores.

LA HUELLA DE LA SAL

Hemos hablado de la extracción de la sal, de su carga, de la sociedad que trabajaba allí... pero, ¿donde iba esa sal? Buena parte se destinaba (todavía hoy) a la salazón de pescado para el norte de Europa (Dinamarca, las islas Feroe, Islandia...). Han quedado testimonios, en la isla preturística, del paso de los marineros nórdicos en el puerto o en el cargador, esperando para cargar la sal, con las inevitables anécdotas y conflictos que ello siempre comporta, muchas veces con el alcohol de por medio.

Las sucesivas modernizaciones (locomotora de vapor, más tarde locomotoras diésel, cintas transportadoras y, lo que es más importante, la mecanización del trabajo a pie de estanque), permitieron progresivamente reducir la necesidad de mano de obra hasta el punto que hoy todo el trabajo se hace con unos veinte empleados. Esta última mecanización ya no se vivió como una tragedia para la isla, ya que entonces el turismo ya estaba empezando a sustituir, con una fuerza que todavía nadie se imaginaba, a cualquier actividad tradicional.

De la extracción tradicional han quedado muchos testimonios, desde las antiguas torres de defensa, restos de los viejos muelles de carga y canales de drenaje, hasta edificios religiosos, pasando por las vías oxidadas de los viejos trenes y diversas casas, sobre todo las del poblado de regusto colonial de *sa Canal*, donde se encuentran las oficinas de la Salinera. Su conjunto, tanto en los elementos que todavía están en uso y adaptados, como los que lentamente se van deteriorando, bien pueden considerarse exponentes de la arqueología industrial.

Todo ello se salvó de la fiebre urbanizadora, aunque fuera por sus valores ecológicos. La declaración de Parque Natural, marítimo y terrestre, el año 2002 reforzó y sustituyó la de Reserva Natural de 1995, sin que significara que se dejara de extraer sal ningún año. Todo esto, por su parte, fue la consecución de las reivindicaciones que desde 1977 daban respuesta a una creciente sensibilidad ecologista de la socie-

dad ante el aluvión de proyectos turísticos. Los conflictos sociales ya quedaron atrás en el tiempo, así como las jornadas de sol a sol en verano. Pero en este último episodio del protagonismo de las salinas en la vida de Ibiza y Formentera tuvo una clara voz la memoria histórica recuperada que reivindicaba la protección medioambiental de lo que fue, durante siglos, de todos los ibicencos y formenterenses.

BIBLIOGRAFIA

- AAVV; *Les salines d'Eivissa i Formentera*; Institut d'Estudis Eivissencs, Eivissa, 1983
- CIRER COSTA, Felip; «L'empresa de la fàbrica de sal d'Eivissa» en *El Pitiús* [Eivissa], 2002, p.102-103.
- CIRER I COSTA, Joan Carles; *1790-1920 Demografia i comerç d'Eivissa i Formentera. 130 anys d'una economia viva*; Institut d'Estudis Eivissencs, Eivissa, 1986
- CIRER PONS, Jaume; *Tratado de las Reales Salinas de Yviza y Formentera* (introducción y transcripción sobre manuscrito de c.1803 por FERRER ABÁRZUZA, Antoni); Editorial Mediterrània, Eivissa, 2000.
- FAJARNÉS CARDONA, Enrique; *Viaje a Ibiza*; Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Patronato José M.^a Quadrado - Instituto de Estudio Ibicencos, Eivissa, 1958.
- FAJARNÉS CARDONA, Enrique; *Lo que Ibiza me inspiró*; Consell Insular d'Eivissa i Formentera, Conselleria de Cultura, Eivissa, 1987
- FERRER ABÁRZUZA, Antoni; «La història», en AAVV, *El Parc Natural de Ses Salines d'Eivissa i Formentera. El tresor ecològic de les Pitiüses*; p. 16-35; Genial Edicions Culturals, Grup d'Estudis de la Naturallesa, Eivissa, 2003.
- GORDILLO CROUCIÈRES, José Luis; *Formentera. Historia de una isla*; Albatros Ediciones, Valencia, 1981.
- PARRÓN GUASCH, Artur; *La guerra civil i el primer franquisme a Eivissa i Formentera*; Editorial Mediterrània, Consell d'Eivissa i Formentera, Eivissa, 2001.
- TORRES GARCIA, Antoni; *Memòria d'un mestre saliner*; Institut d'Estudis Eivissencs, Eivissa, 1995.

¹³ PARRÓN, A. (2001), p. 91.

¹⁴ TORRES GARCIA, A. (1997), p. 24.

LA CONSTRUCCIÓN NAVAL Y LOS CARPINTEROS DE RIBERA EN LAS PITIUSAS

ANTONI TUR RIERA

Desde tiempos antiguos, la insularidad de Ibiza y Formentera hizo de las actividades relacionadas con la mar un sector importante en la vida y la economía de sus pobladores. Probablemente desde la prehistoria, y seguramente durante la época fenicia, las Pitiüsas fueron un punto importante si bien no de construcción si de recalada de embarcaciones. Eran un lugar donde se podían encontrar los materiales necesarios para las reparaciones de los barcos, principalmente la madera.

En tiempos islámicos las fuentes precisan la existencia de instalaciones dedicadas a la construcción de naves y alaban la buena cualidad de los árboles ibicencos usados con esta finalidad. Después de la conquista catalana, el 1235, los nuevos pobladores continuaron construyendo embarcaciones. El año 1273 el arzobispo de Tarragona, del cual Ibiza dependía en parte, y el 1283 Jaime II de Mallorca, concedieron a los ibicencos el privilegio de *tener una atarazana donde podían sacar, tener y haber galeras, leños y barcas*. Seguramente esta concesión se aprovechó con la habilitación del espacio al lado del mar inmediatamente conocido como la Drassana.

Las noticias sobre construcción naval son pobres para los siglos medievales, únicamente tenemos testimonios que demuestran la existencia de una cierta actividad, de la cual se desconoce el volumen.

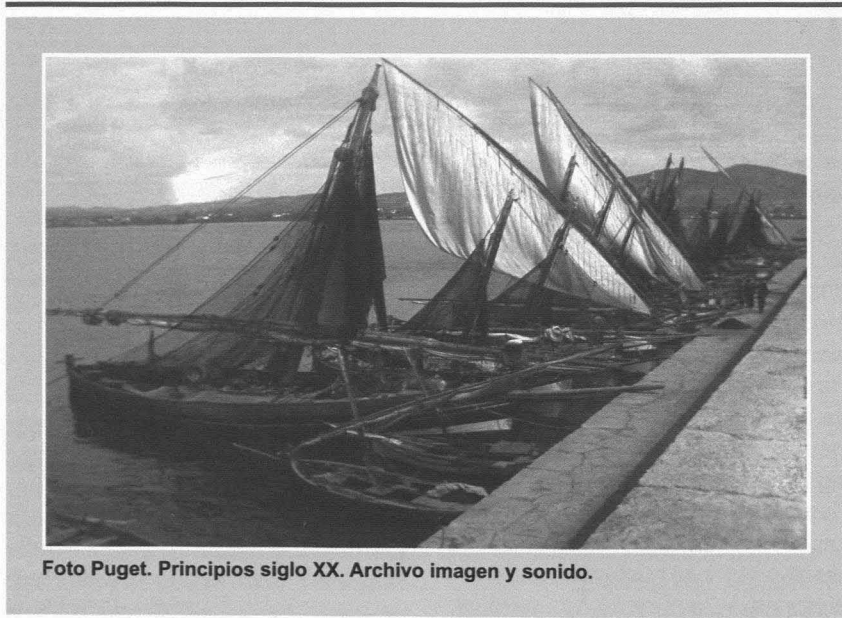


Foto Puget. Principios siglo XX. Archivo imagen y sonido.

Las primeras cifras sobre la construcción naval en Ibiza comienzan en el año 1765. Se considera que el apogeo de la construcción naval en Ibiza se inició a mitad del siglo XVIII y entró en profunda crisis hacia el 1860, al punto que cuando el archiduque Luís Salvador de Austria visitó por primera vez Ibiza el 1867, prácticamente no se construían embarcaciones de gran tonelaje y las atarazanas se dedicaban a hacer embarcaciones menores y reparaciones. En cambio, durante el período comprendido entre 1765 y 1860 se construyeron un total de 419 barcos con un total de 22.259 toneladas, excluyendo del cálculo las embarcaciones menores de 10 tone-

ladas. Hubo diversos años en qué la actividad de los *mestres d'aixa* o carpinteros de ribera ibicencos fue extraordinaria, como el 1812, el 1815 y el 1855, poco antes de su entrada en decadencia.

La importancia de la construcción naval durante aquellos casi cien años que se sitúan entre las dos fechas hay que atribuirla a la abertura de las líneas comerciales con América, a la estimulación de los intercambios de mercadería empujados por la Ilustración, a la necesidad de naves para la marina corsaria y al aumento de población que desde el siglo XVII experimentaba Ibiza y que permitió proveer de mano de obra los astilleros y de marineros las naves.